

SOBRE UNA BIBLIOTECA DE CIENCIA ESPAÑOLA

V

UNA vez sentada nuestra opinión acerca la filosofía española, réstanos hacer su historia. Difícil será reducir á los estrechos límites de un artículo materia tan vasta y espinosa, para cuyo cabal desarrollo se necesitarían sendos volúmenes y un gran talento que los supiera escribir; pero ya que las circunstancias así lo exigen, nos limitaremos á reseñar los filósofos y escuelas más importantes, pasando, como sobre ascuas, sobre un tema tan escasamente trillado, cuya completa ilustración requiere tiempo, espacio y conocimientos que nosotros estamos muy lejos de poseer.

El primer filósofo digno de este nombre nacido en España y, al propio tiempo, la mayor lumbrera de la filosofía romana, es Séneca. Afiliado al estoicismo, sus obras encierran doctrinas tan morales y tan humanitarias, que muchos han creído si estuvo en relaciones con San Pablo y hasta si abrazó el Cristianismo. Probado está, no obstante, que Séneca vivió y murió gentil, y que su filosofía, tan admirada, no es mas que un estoicismo que empieza á sentir inconscientemente el influjo del espiritualismo cristiano. En opinión del Sr. Canalejas, Séneca es quizá el autor que mas ha contribuido á dar carácter á nuestra cultura nacional; y en verdad que no es difícil descubrir, en la serie de nuestros pensadores, el espíritu práctico y ético del filósofo cordobés. Brillan como astros de menor magnitud, durante la dominación romana, el estoico Anneo Séneca, el pitagórico Gayo Junio Higino, Adriano el emperador, el retórico Quintiliano y el poeta Lucano, autor de la *Farsalia* y cantor del estoicismo.

Convertida ya España al Cristianismo, la buena nueva abrió nuevos horizontes á la filosofía. Sus filósofos más notables son, entre otros, el gran Osío, traductor del *Timeo* de Platón; el famoso heresiarca Prisciliano, importador de las doctrinas *gnósticas*; Prudencio, autor del poema filosófico la *Psicomachia*; Orosio, discípulo de San Agustín y fundador con él de la filosofía de la historia, y Liciniano, defensor de la espiritualidad del alma en su hermosa epístola á Epifanio.

Y llegamos ya á la Escuela de Sevilla. A lo que de ella dijimos en otra parte, poco tenemos que añadir. Filósofos especialmente psicológicos sus más egregios representantes, S. Leandro, S. Isidro y S. Julián, constituyen ellos y sus discípulos, la transición de la filosofía patrística, notoriamente ontológica, á los métodos lógicos é idealistas de la Escolástica, y forman la más brillante

eflorescencia de la cultura española en la Edad media.

Al invadir los árabes la península, la ciencia se refugió en los monasterios. En ellos se elaboró en silencio, todo cuanto digno de memoria nos ofrecen los tiempos medios en el terreno científico; y en ellos germinaron las semillas que, fecundadas más tarde, produjeron los renacimientos del siglo XIII y del siglo XVI. Mientras tanto, las filosofías *arábiga* y *judaica* imperaban de una manera absoluta en el territorio dominado por los sarracenos, constituyendo una era gloriosa para la ciencia patria, de gran trascendencia en el movimiento científico europeo, y digno de particular estudio por la importancia de sus nombres y doctrinas. Por lo que á los árabes se refiere, la época de su mayor florecimiento intelectual fueron los reinados de Abderramán III, Alhakem II, Hixem II y la regencia de Almanzor. Durante este tiempo, vemos en ellos dos escuelas filosóficas: la *idealista ó mística* de Avempace y Tofail y la *peripatética*, con ribetes de ecléctica, del famoso Averroes. Avempace, en su *Régimen del Solitario*, y en algunos tratados de lógica, condenados por los musulmanes como heterodoxos, plantea el problema de la unión de la razón humana con el intelecto agente, haciendo consistir la felicidad en su perfecta conjunción; doctrina que mas tarde completa y desarrolla Averroes. Su discípulo Tofail en su obra *Philosophus autodidactus*, especie de novela filosófica, nos presenta á un hombre en estado salvaje, abandonado en una isla desierta, instruyéndose á sí mismo hasta llegar á la perfecta posesión de la ciencia é íntima unión con Dios. Tiene este libro, el más original y elevado que produjo la filosofía árabe, ciertas analogías con el *Criticón* de nuestro Baltasar Gracián y con el *Emilio* de Rousseau. Pero el pensador de mayor celebridad entre los árabes, y cuya influencia se dejó sentir por mas tiempo en las escuelas de la Edad media, fué el cordobés Averroes. Gran comentador de Aristóteles, por quien sentía una admiración sin límites, y cuyas doctrinas sigue en parte, nos ofrece con todo, teorías originales que forman su especial filosofía. Averroes admite la eternidad de la materia y niega, por tanto, la creación exnihilo; proclama la existencia del intelecto uno ó *alma universal*, que confunde con Dios mismo, y cree que, aunque el alma individual muere, subsiste la idea ó razón universal. Estas opiniones, en cuyo fondo palpita el mas crudo panteísmo, común á toda la filosofía árabe, gozaron de mucho favor durante la Edad media, hasta formar una escuela llamada *averroista*, cuya historia ha trazado recientemente con gran copia de datos, aunque con criterio torcido y vacilante M. Renán, en su libro *Averroes*

et l' Averroïsme. Discípulos de Averroes fueron Ali-ben-Ragel, Ali-Albucacen, Iben-Arabi é Ibrni-Saigh.

De mayor importancia si cabe, y mas intimamente relacionada con la Escolástica, fué la filosofía *hispano-judaica*. Tres nombres ilustres compendían su historia: Avicebrón, Jehuda Leví y Maimonides; y tres ciudades comparten el honor de haber sido cuna de sus más afamadas escuelas: Córdoba, Toledo y Barcelona. Salomón-ben-Gabiról, ó sea Avicebrón, gran poeta místico y distinguido filósofo, que escribió la *Fuente de la vida*, enseña que existe una sola materia universal que forma parte de todas las esencias, con la excepción única de la de Dios; y que la materia y forma, (y en esto sigue á Aristóteles,) constituye todas las cosas finitas. Admite la teoría *emanatista* para explicar la creación, y por más que pretenda salvar la personalidad divina, ésta se confunde con la materia única. No podía ser de otra manera en una metafísica esencialmente panteísta. El *Kuzari* de Jehuda Leví, representa la dirección *tradicionalista* en la filosofía judaica. Este autor, también poeta como el anterior, combate las doctrinas de Aristóteles y sustituye á ellas la enseñanza de la Biblia, de la tradición y del misticismo de la *Kábala*. Por el contrario, en Maimonides predomina el carácter *racionalista*. En su *Guía de los extraviados* intenta conciliar la Biblia con la razón, pero subpeditando aquella á las exigencias de su criterio individual. Allanando el camino á Spinosa, es, como él, teólogo y exegeta y adversario de lo sobrenatural. El neoplatonismo alejandrino, modificando sus aficiones aristotélicas, se revela en el fondo de sus teorías. Maimonides, como Avicebrón, logró formar escuela, con no pocos discípulos dentro y fuera de España, que constituye una de las fases más originales de nuestra filosofía. El temor de alargar este escrito, nos impide tratar, tal como ellos se merecen, de filósofos judíos tan dignos de estudio, como Aben-Hezra, Bahía-ben-Joseph, Schem-Tob y Abravanel.

Contemporánea de la filosofía arábiga y judaica es la escuela *muzárabe* de Córdoba, cuyo autor más conocido es el abad Sansón. Pertenecen así mismo á ella el abad Spera-in-Deo, Álvaro de Córdoba y Juan Hispalense.

Genio español el más ilustre de la Edad media es, sin duda alguna, el mallorquín Ramón Llull. Hombre de inteligencia enciclopédica y de prodigiosa actividad, asombra por el cúmulo inmenso de sus obras, que suman cerca quinientos libros, no menos que por los azares y peripecias de su vida aventurera. Filósofo, teólogo, poeta, orador, médico, naturalista, químico, matemático, náutico, que todo esto era y mucho más, en todas sus

aptitudes dejó gallarda prueba de su profunda sabiduría y privilegiado entendimiento. Discutidos sus méritos, durante mucho tiempo, por panegiristas entusiastas y adversarios acérrimos, son hoy ya, reconocidos unánimemente. Su doctrina, conformándose en lo fundamental con la de Sto. Tomás, presenta un carácter sintético, unitario y armónico que tiene por base la unidad de la ciencia; concepto que Llull explica bajo el simbolismo de un árbol, de cuyo tronco se desgajan las diversas ramas del saber. Discrepa de los escolásticos en varias opiniones particulares, algunas de ellas bien extravagantes; v. g. en admitir un sexto sentido, que él llama *affato*, por medio del cual se nombran las cosas; en suponer al hombre compuesto de cuerpo, alma y además, *espíritu* cuya función propia es la duración ó permanencia en esta vida; en considerar al cielo como un ser animado con alma movente, y á los ángeles como animales inmortales, y finalmente, en afirmar la existencia de un alma universal, semejante al alma del mundo, de la cual proceden las formas particulares. Obsérvase también en las teorías de Llull, determinada inclinación á exagerar las fuerzas de la razón humana en orden á las verdades reveladas y, sobre todo, al conocimiento del misterio de la Trinidad. No por esto se separa un punto de los límites de la ortodoxia católica, como han pretendido algunos; antes bien, deben atribuirse estos pequeños dislates á la fuerza de su potente entendimiento y fogosa imaginación. En resumen: Ramón Llull es una inteligencia pródica, de aquellos que aparecen en épocas señaladas con misión providencial y dejan huella profunda. Hasta hace poco, el *lullismo* ha tenido cátedras oficiales en Mallorca. Los discípulos de la escuela lulliana son innumerables. Se cuentan entre los más cercanos á Llull, Raimundo Sabunde, autor del *Libro de las Criaturas*, Pedro Dagui, Juan Llobet, Fr. Luis de Leon, y el arquitecto Juan de Herrera.

Pertenece también al siglo XIII un singular personaje catalán; Arnaldo de Vilanova. Médico, alquimista, filósofo y teólogo, ocupa un puesto preferente entre nuestros heterodoxos.

Finida la Edad media, España aportó, como la que más, su contingente de ingenios ilustres, á esa restauración de las ciencias y de las artes, conocido en la historia con el nombre de *el Renacimiento*. Abiertos á la filosofía nuevos caminos, los filósofos españoles se apresuraron á seguirlos para impedir que otros los torcieran. Luis Vives, marcha al frente de todos ellos. El insigne polígrafo valenciano, cuyos méritos tanto ensalzó Forner, y recientemente, quizá con exageración Menéndez Pelayo, es un artista del Renacimiento, y como tal, adversario de la Escolástica, de la

cual métodos y formas de expresión le parecen detestables. Motivada en parte su oposición al lenguaje y sutilezas de las escuelas de la Edad media, no lo es, sin embargo, el anatema general que fulmina sobre toda su filosofía, sin distinguir tiempos, escuelas, ni autores. Y eso que la filosofía de Sto. Tomás, con leves variantes y alguna reminiscencia platónica, es la base fundamental de sus especulaciones. Si hubiera sido tan solícito en regenerar las ciencias y señalarles mejores derroteros, como fué diligente en investigar las causas de su corrupción y decadencia, la obra de Vives hubiera sido completa. Con ser esto así, Luis Vives es la más alta personificación de la filosofía crítica en España; no de un criticismo racionalista y demolidor, como el de Kant y sus partidarios, sino de un criticismo sensato, restaurador y cristiano. Vives tuvo séquito numeroso y brillante, cuyas doctrinas y visicitudes es de esperar historicamente Menéndez Pelayo, del modo que él sabrá hacerlo. Como filósofo, sus tratados principales son el *De ánima* y *De Prima Philosophia*.

Si no tan notable como Vives, á quien tal vez hubiera aventajado á haber vivido más, pues pereció en un naufragio cuando aun no contaba 30 años, fué el sevillano Sebastián Foxo Morcillo. A pesar de su independiente eclecticismo, demuestra cierta predilección por Platón, á quien pretende, aunque en vano, conciliar con Aristóteles. Foxo entiende la cuestión de las ideas innatas como San Agustín, y su sistema puede calificarse de *ontopsicologismo*. Abundan en sus obras, muy numerosas por cierto, rasgos de ingenio y soluciones peregrinas, siempre conformes empero, con las enseñanzas de la sana filosofía.

Uno de los escritores más atrevidos de esta época es Jorge Gómez Pereira. El médico de Felipe II, combate en su *Antoniana Margarita* la teoría aristotélica acerca los primeros principios de los cuerpos; niega la necesidad de las especies inteligibles para el acto de la intelección, admite la no distinción real del alma y las sensaciones, y si solo con distinción de razón; considera á las bestias como máquinas y reproduce el entimema de S. Agustín, *pienso, luego existo*. Bajo estos conceptos es precursor y maestro de Descartes.

Lo es así mismo, hasta cierto punto, Francisco Vallés, filósofo, físico y médico notabilísimo, uno de los organizadores de la Frenología. Su obra principal como filósofo es la *De Sacra Philosophia*, donde sostiene que el carácter distintivo del hombre no es la racionalidad, por cuanto esta cualidad la tiene de común con los brutos, por lo menos respecto á las cosas sensibles y caducas. Aunque dogmática, lo es con ciertas restricciones escépticas, sobre todo en lo que atañe á las ciencias físicas.

Más citados y conocidos que los anteriores, si bien no están á su altura como filósofos, son Juan Huarte, autor del *Examen de ingenios* y D.^o Oliva Sabuco de Nantes Barrera, que escribió un libro titulado *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*. El primero sistematiza la Frenología y ensaya una clasificación de la ciencia conforme á las facultades del alma, que más tarde copiaron Bacon y D'Alambert. La tendencia empírica y hasta sensualista de Huarte, encuentra cabal ampliación en el libro de la célebre doctora de Alcaraz. Sus teorías sobre la fisiología de las pasiones, sobre el influjo del sistema nervioso y la localización del alma en el cerebro demuestran la anterior aserción.

Dignos de pàrticular mención como fenómenos especiales, en aquellos tiempos de dogmatismo (que como hemos visto no impedía la libre manifestación de doctrinas resbaladizas y peligrosas), son el escéptico Francisco Sanchez y el heterodoso Miguel Servet. El escepticismo del primero es crudo y neto. Sanchez duda de todo y sobre esta base empieza á *construir*, (como ahora se dice) su propia ciencia, de la cual tampoco está cierto. Como se vé este procedimiento es el mismo que más tarde usó Descartes. Servet, primer descubridor de la circulación de la sangre, admite una luz, emanación directa de la esencia divina que penetra é informa todas las cosas y constituye la fuerza cósmica universal. Esta doctrina le conduce naturalmente al panteísmo. Servet, más sabio y más lógico que todos sus compañeros los corifeos de la Reforma, parece condenado por ellos mismos en la hoguera. Y bueno será advertir aquí, por vía de digresión, que el genio español de pura raza es lógico y consecuente hasta en sus aberraciones. Una vez puesto en la pendiente del error no se para en medias tintas ni busca subterfugios hipócritas, sino que abraza hasta las últimas consecuencias de sus premisas. De aquí, que el panteísmo más radical sea la cima donde se han despeñado los ingenios españoles extraviados. De desear sería que tuvieran esto presente tantos escritores oportunistas y políticos de balancín, que en nuestra época, tan escasa de grandes caracteres, siembran vientos pero no quieren recoger tempestades.

Después de estos autores, que junto con otros tales como Hernando de Herrera, el Brocense, Ginés de Sepulveda, Gouvea, Cardillo de Villalpando, Gélida, Pedro Ciruelo, Simón Abril; Pedro Juan Núñez, Saavedra Fajardo, Pérez de Oliva, Montes de Oca, Alejo Venegas, Gerónimo Osorio, Martínez de Brea, Pedro de Valencia, Mariana, Vicente Mariner, el fecundo Caramuel y otros mil constituyen un catálogo interminable de pensadores independientes, peripatéticos, crí-

ticos, eclécticos, políticos y demás, pues de todo hubo en aquella gran era de exuberante actividad científica, tócanos hablar, siquiera sea brevemente, de la escuela escolástica cuyo gigante es Suárez príncipe de los escolásticos modernos y autor de unas *Disputationes metafisicæ* que admiran aun después de haber leído al doctor de Aquino. Pertenecen á ella, y solo citaremos los principales, Francisco de Victoria, gran analista de la libertad humana; Domingo de Soto, que especuló sobre el alma; Melchor Cano, talento insigne que pensaba como Sto. Tomás, y escribía como Cicerón; Gabriel Vázquez, buen metafísico, Rodrigo de Arriaga, el cardenal Toledo, Bañez, Oviedo, Téllez, Hurtado de Mendoza, Bernaldo de Quirós, Fonseca, etc. Como si tuviera especial empeño en desmentirlos, en parte justos cargos, que Vives y los filósofos-humanistas hicieron á la Escolástica, relativos á la barbarie del lenguaje y á lo enrevesado del método, dichos autores ponen sumo cuidado en escribir con pureza y elegancia y en tratar las cuestiones más abstrusas con gran claridad de método y de estilo.

Parece sería de este lugar, tratar ahora de nuestros grandes autores ascéticos considerados como filósofos; pero como quiera que ya hablamos de ellos en uno de los anteriores artículos, renunciaremos, en gracia de la brevedad, á volver sobre el mismo tema.

Al advenimiento de la dinastía borbónica las ideas francesas se desparramaron por nuestro suelo, y como no podía menos de suceder, ejercieron notable influjo en todo linaje de especulaciones. De aquí la encarnizada lucha que, durante el siglo pasado, se entabló entre los discípulos de las tradiciones escolásticas y los partidarios de la nueva filosofía. Período de polémicas ardorosas y febril actividad, si bien no produce figuras de primera magnitud de aquellas que forman época, es fecundo en hábiles controversistas, eruditos compiladores y doctos tratadistas. Tres bandos ó direcciones podemos distinguir: el de los conservadores del escolasticismo, el de los importadores de los nuevos sistemas y los eclécticos, que fluctúan entre dos aguas y tratan de conciliar ambos partidos. Militan briosamente en las filas de la Escolástica Losada, Mañer, Pascual, Valcárcel, Castro, Pons, Puigserver, Guevara, Ceballos, Alvarado, los lulistas Tronchon, Torreblanca, Fornes etc. Defienden las nuevas doctrinas Tosca, Najera, Zapata, Martínez, Eximeno y otros varios. Eclécticos lo son, Cuadros, Codorniu, Castro, Mayans, Sarmiento, Arteaga y las cinco mayores ilustraciones del siglo pasado; Feijó, Forner, Hervás, Piquer y Jovellanos.

En el presente siglo, los estudios filosóficos están en España en visible decadencia. Tres nom-

bres hay, sin embargo, que serán inmortales; Balmes, Donoso Cortés y Zeferino González.

Balmes, el primero que desgarró, á los ojos de la Europa asombrada el manto hipócrita con que envolvía su horrible desnudez la filosofía alemana, es un filósofo cristiano, pero no escolástico. Aunque las ideas temistas forman el fondo esencial de sus doctrinas, van aquellas modificadas por elementos tomados del psicologismo cartesiano, del armnoismo de Leibnitz y del empirismo idealógico de la escuela escocesa. Balmes se aparta de Sto. Tomás al resolver ciertos problemas, si bien no en lo fundamental. También se descubre en él, cierta tendencia al escepticismo objetivo, consecuencia de sus aficiones cartesianas y escocesas. A pesar de todo, el filósofo de Vich es un talento de primera fuerza y la mayor gloria de la filosofía española de este siglo. Sus obras maestras son: *El Criterio*, *La filosofía fundamental* y especialmente *El Protestantismo comparado con el Catolicismo, en sus relaciones con la civilización europea*, libro áureo de filosofía de la historia, que vivirá mientras vivan las letras españolas.

Donoso Cortés, inteligencia lúcida, corazón nobilísimo, imaginación de fuego, palabra arrebatadora, es tradicionalista á la manera del conde de Maistre y del vizconde de Bonald. Su tradicionalismo exagerado, que considera al hombre incapaz por sus solas fuerzas de llegar al conocimiento de la verdad, lleva el Marqués de Valdegamas á conclusiones extremas rayanas al escepticismo. Páginas de filosofía social como las que se encuentran en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, no perecerán jamás. Su elocuencia apocalíptica, tronando contra el doctrinarismo revolucionario de mediados del siglo, resonó en toda la Europa. Tal vez no resistan sus escritos el frío análisis de una dialéctica rigurosa, pero el Marqués de Valdegamas es de aquella raza de hombres que no se discuten; fascina, subyuga y se le aplaude hasta en sus extravíos.

No tan grande escritor como Balmes, ni orador como Donoso, Zeferino González, elevado recientemente á la sede de San Isidoro, es más filósofo que ambos. Su filosofía es el tomismo, pero no un tomismo estrecho, estacionario y cerrado, si no amplio, generoso y progresivo, acomodado á las necesidades del día. Profundo conocedor de la filosofía moderna, el sabio dominico baja á la arena á combatir las novísimas utopías, que caen heridas de muerte á los vigorosos golpes de su lógica incontrastable. Autor de cursos elementales que sirven de texto en muchos centros de enseñanza de Europa y América, sus obras capitales son: *Estudios sobre la filosofía de Sto. Tomás*

que escribió joven todavía, cuando era profesor de la Universidad de Manila, y su *Historia de la filosofía*, libro admirable, el mejor que sobre la materia se ha escrito en España y tal vez en Europa. Zeferino González es el porta-estandarte de la restauración escolástica en España.

Es su lugar-teniente el sabio profesor de Metafísica de la Central señor Orti y Lara. Pero de este y de otros simpáticos defensores de la sana filosofía, hablaremos en una serie de artículos, que sobre la restauración actual de la filosofía escolástica en Europa, pensamos escribir cuando tengamos tiempo y reposo suficiente para ello.

Para concluir diremos, que la serie de pensadores que no siguen la filosofía tomista presentan una completa anarquía. Positivistas unos, racionalistas otros, escépticos varios, krausistas los más, ofrecen la más pintoresca variedad. Y añadiremos, para vergüenza de España y del Gobierno que tal hizo, que un desdichado racionalista, Sanz del Río, fué á Alemania, pagado por el Gobierno, á estudiar los nuevos sistemas panteístas para importarlos á España; y que enamorado del krausista (sin duda para ser más fácil y menos científico), lo introdujo en nuestras aulas, pervertiendo el corazón y la inteligencia de la juventud escolar con ese galimatías enrevesado y ruín, afrenta del sentido común y tortura de la gramática. Comprenderíamos que Hegel tuviera admiradores y secuaces en España, porque al fin y al cabo, es de aquellos talentos que deslumbran y arrastran por su potencia y grandiosidad; ¡pero Krause el más vulgar y rastrero de los grandes sofistas de este siglo! En Alemania, su patria, nunca ha sido considerado como gran filósofo, nadie hace ya caso de él; y sin embargo, aquí en España hay gentes todavía tan atrasadas, que tienen la filosofía de Krause como la última palabra de ciencia. Afortunadamente vamos ya saliendo de esta preocupación, gracias á los esfuerzos de la filosofía tomista restaurada, que aquí, como en el resto de Europa, es la filosofía de última moda.

JOAQUÍN BORRÁS DE MARCH.

ÍNTIMAS

I

Un sol alumbra al mundo, amada mía,
Mas contigo tan grande fué el buen Dios,
Que, con vergüenza de la luz del día,
A su palabra, te exornó con dos.

II

Observo que el que goza de ventura
Tiene su corazón petrificado,

Mientras que aquel que gime en amargura
Las mismas heces del dolor que apura
Le engendran un amor que no ha probado.

Por esto de la dicha yo reniego,
Al tiempo que al amor mi fe reclama,
Pues si es amor un niño loco y ciego,
Cual ciego, y loco y niño á él me entrego;
¡Que quien de veras sufre, siente y ama!

III

Me han dicho que estoy ciego, hermosa mía,
Mas te he de confesar
Que desde que te rindo idolatría
Yo veo sin mirar.
Y es que sin tí, la luz de la alborada
Es lúgubre capuz;
¡Mas contigo, la noche más cerrada
Me inunda el alma de divina luz!

IV

No es cierto que el reloj el tiempo borre,
Pues en el mio, al menos he observado,
Qué si al verme contigo siempre corre,
¡Cuando me ve sin tí, queda parado!

V

Es este el epitafio que yo anhelo
Si en un hoyo á los dos nos ven difuntos:
¡Las almas cuya unión bendice el cielo,
Por probar santo amor aquí en el suelo,
Son de estos que hasta en huesos están juntos!

ISIDORO FRIAS FONTANILLES.

ROSALES

CUESTA mucho á la generalidad desprenderse de las tradiciones y de la rutina para entrar en nuevos horizontes; es más fácil comprender lo aprendido, que comprender lo que sorprende. Por esto Rosales, como uno de los más grandes revolucionarios en el arte, tuvo tantos detractores y tantos enemigos; por esto se le ha atacado tanto y se le han disparado todos los tiros. Por una parte, la vieja escuela que veía romper sus procedimientos, por otra parte el público ignorante que se encontraba delante de algo desconocido, por fin la maldad que se aprovecha de todo, contribuyeron á que Rosales no brillase de pronto tanto como merecía brillar. Sí, Rosales llevó la revolución al arte pictórico en España, como Byron la llevó á la literatura y como Chopín la llevó á la música. Rosales, en sus procedimientos, es el pintor completamente realista, que ama con delirio la verdad, que la refleja en sus cuadros, que busca en la naturaleza la inspiración, en vez